

por de la crítica del siglo actual sobre las respectivas literaturas románicas.

En fin, hay ciertas ideas y ciertas lecciones de mucho valor que se nos sugieren repetidas veces, al leer esta obra; como las que siguen:

El estilo es la expresión, la manera como que se expresa el autor; por eso ha de examinarse desde un principio la estructura del lenguaje que se estudia. Pero, examinada la estructura, se llega a conocer algo del autor mismo: se refleja su mente, la emoción, el elemento moral y espiritual. Hasta se puede hacer no sólo un análisis psicológico, sino también a veces psicoanálisis. En esto llegamos a algo nuevo en la estilística. En vista de esas tendencias, el señor Hatzfeld subraya la importancia de *no olvidarse nunca del arte del autor*. Tampoco puede uno olvidarse de los métodos y hechos de la filología, para apreciar el lenguaje del autor, para situarlo en la historia literaria, etc. Es interesante observar en esta bibliografía los fracasos, aun de eruditos distinguidos, al omitir un aspecto u otro de la crítica. Al contrario, hasta los estudiosos desconocidos logran éxitos inesperados cuando ponderan, en relación con la obra que tratan, todos los aspectos de la filología, de la historia literaria y del estilo. Es importantísimo no olvidarse de ningún método que nos ayude a comprender la obra estudiada, y no dejar nunca de trabajar con precisión, buscando siempre el arte, hasta el espíritu del autor. Sobre todo, hay que examinar la obra con verdadera simpatía. El señor Hatzfeld resume su ideal para el estudio del estilo en la frase "art-minded philology."

GEORGE E. MCSPADEN,
The University of Chicago.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE, *Poesías completas y El Minutero*.—México: Editorial Porrúa, S. A. Pp. 374 + XXII. (Edición y prólogo de Antonio Castro Leal).

La "Colección de escritores mexicanos" ha sido enriquecida últimamente con una nueva edición de la obra poética y *El Minutero* de Ramón López Velarde, a cargo del excelente crítico Antonio Castro Leal, quien la prologa con un buen estudio sobre el poeta. Así pues, López Velarde toma su merecido lugar, en esta biblioteca, al lado de otros grandes valores de las letras mexicanas. En efecto, los sesenta y ocho volúmenes de

esta colección, que desde hace algunos años publica la Editorial Porrúa, aciertan a dar un panorama cada día más representativo de la literatura mexicana (poesía, novela, historia, crítica, ensayo).

Este nuevo tomo dedicado a López Velarde supera a las mal llamadas *Obras completas*, (Ed. Nueva España, S. A., 1944); sobre todo, por una grata novedad: la inclusión de "Primeras poesías" (1905-1912), todas ellas anteriores a la publicación de sus versos consagrados de *La sangre devota* (1916), *Zozobra* (1919) y *El son del corazón* (1932). Al ordenar esos veinticuatro poemas de la primera etapa de López Velarde, ha utilizado Castro Leal la reciente difusión debida a las pacientes investigaciones de Luis Noyola Vázquez, Emmanuel Carballo, Elena Molina Ortega y Carlos Villegas. De estas composiciones, inferiores como es de esperar a su obra madura, sólo una —"Huerta", *La Nación*, 4 de noviembre 1912, suscrita con el pseudónimo de *Alvaro de Monprez*— no había sido dada a conocer, que sepamos, por dichos investigadores. (De paso: ¿es correcto ese título? ¿No será "Muerta", como aparece en otra parte?).

En cuanto a la prosa de López Velarde, el volumen que reseñamos no recoge más que *El Minutero* (1923); en su mayoría páginas líricas elaboradas con tanta voluntad de estilo como su poesía misma. Quedan excluidas —quizás reservadas para otro tomo— sus muchas prosas publicadas recientemente por la Universidad Nacional: *El don de febrero y otras prosas* (1952) y *Prosa política* (1953). Es de agradecer, pues, la pulcra reimpresión —inclusive los prólogos, versos de homenaje y apéndices de las ediciones originales— de lo mejor de López Velarde, aunque la incorporación de otras muestras de su arte de prosista no habría perjudicado el tono del libro.

Una vez más se confirma el porqué de la actualidad de la obra poética de López Velarde, tan fecunda para las generaciones sucesivas de poetas mexicanos, y del merecido prestigio que goza en la poesía contemporánea de su país. Ya superado el modernismo, López Velarde inicia una aventura lírica hacia nuevas modalidades poéticas y explora con manifiesta audacia las posibilidades de la lengua.

A la bibliografía, ya extensa, sobre el poeta se agrega ahora el enjundioso prólogo de Castro Leal. Sus páginas se benefician notablemente de la publicación reciente de gran acopio de materiales, poco menos que desconocidos para la crítica anterior. Como el estudio de Castro Leal sólo aspira a dar un juicio sintético sobre los aspectos más destacados de la

personalidad artística de López Velarde, ciertos temas, allí meramente esbozados, nos han parecido susceptibles de mayor desarrollo. Sin embargo, se reafirma Castro Leal como seguro y serio comentarista de la literatura mexicana contemporánea. Antes que nada, queremos subrayar lo valioso de sus penetrantes comentarios, necesariamente breves, sobre las tres obras poéticas de López Velarde. Incorpora a su ensayo ciertas nuevas perspectivas y apreciaciones que no podrán dejar de tener en cuenta los que se interesen en la obra singular del lírico. A éstas, aunque sea de pasada, nos proponemos referirnos.

Por ejemplo, otros (Alfonso de Alba, Emmanuel Carballo) han estudiado las estrechas relaciones de amistad entre López Velarde y Francisco González León. Por primera vez se ofrecen aquí, sin embargo, unas cuantas observaciones precisas, sobre ciertos procedimientos literarios (la adjetivación, la reiteración, las imágenes) comunes a ambos poetas. Desde luego, esas pequeñas sugerencias las supera el López Velarde maduro; hasta tal punto, que la crítica tiende a negar el parentesco. Aunque Castro Leal alude a la influencia de Lugones, ya notoria y ampliamente confirmada por la prosa crítica de López Velarde, no hay ni siquiera breve mención de la de Andrés González Blanco en una época temprana, ni de la más extensa de Julio Herrera y Reissig. De todos modos, el que pretenda penetrar en la eficacia lírica del mexicano, por el lado externo de influencias y fuentes —las del momento, a nuestro ver—, no podrá nunca llegar a explicarse la originalidad y las sorprendentes novedades de su estilo poético.

Según lo había afirmado años atrás (*México moderno*, núms. 11 y 12, 1º de noviembre de 1921), Castro Leal insiste en creer que López Velarde no era un gran lector, reacio también a leer obras extranjeras en traducciones. Por nuestra parte, lamentamos no poder compartir del todo esta opinión, a la luz de su prosa, en la que se revela dueño de una cultura mucho más que mediana. Una anécdota significativa: por lo visto, el escritor, al estructurar sus poemas, solía dejar en blanco los lugares que deberían ocupar los adjetivos. Ese dato no sólo confirma su atención a la adjetivación, rasgo característico de su estilo, sino también que ya oía la cadencia de la frase poética, antes de darle forma definitiva. Por último, las encomiásticas palabras dedicadas a la prosa de López Velarde nos recuerdan que hasta ahora no se ha intentado un estudio serio y completo de ese aspecto de su obra. Unos breves datos biográficos y

la bibliografía de López Velarde cierran el prólogo. Preparada con esmero, pues, esta edición de uno de los mayores poetas de México merece la más favorable acogida.

ALLEN W. PHILLIPS,
Universidad de Michigan.

JUAN FELIPE TORUÑO, *Poesía negra*.—Ed. Toledo, México, D. F., 1953.

El autor de *Los desterrados*, Juan Felipe Toruño, nos presenta ahora un Ensayo-Antología de la poesía negra americana. Es preciso advertir, antes, que el motivo de este libro y todo su punto de enfoque está en las siguientes palabras del autor: "... voces que se arraigan en el dolor de una raza, crece en la aventura de la vida y hace —ese dolor— que quien escribe, más que estudiar una forma, investigue el porqué de ella, lo que la anima: de dónde nace y cómo ... Vale decir cómo nace y hacia dónde va ...". Después de anotada esta declaración, claro está que ni podemos exigirle al ensayo un valor crítico ni a la antología una selección guiada por principios estéticos. El autor está tan ensimismado en su tema, que no se aparta de él para verlo en una perspectiva que le consienta reconocer y graduar valores, y darnos al fin en su antología el resultado de sus preferencias y aun tendencias en el campo de la poesía negra. Así que, contrariamente a la función que generalmente tiene el ensayo introductor en trabajos de esta clase, parece que la antología está planeada como comentario y demostración de lo que está expresado en él. Tiene este ensayo ciento ocho páginas distribuidas en capítulos cortos, cada uno de los cuales considera y analiza un diferente aspecto de esta poesía.

Agudo y penetrante en lo que se refiere al análisis del ambiente racial y social en que la poesía negra americana se enraíza y brota, le falta al ensayo, a nuestro juicio, claridad y precisión cuando trata de colocar el tema en el cuadro más amplio de la poesía y de la literatura. Decimos esto porque es el autor mismo el que, a pesar de la declaración anotada arriba, intenta hacer una labor de identificación histórica del problema de la poesía negra.

Esta identificación habría de concretarse al capítulo Poesía-Poetas, en donde el autor traza nada menos que una síntesis de las corrientes poé-